

NORDSTREAM PIPELINE POPCORN



**BURBUJAS Y DETENCIONES ETERNAS EN
PLENO REVENTÓN DE UNA GRAN INFRA-
ESTRUCTURA**

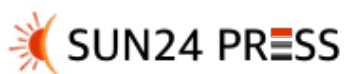
Jack O'Roof

NORDSTREAM PIPELINE POPCORN

JACK O'ROOF

© Jack O'Roof

Primera edición, publicada en octubre de 2026 por:



Sun24 Press
PO Box 10 13 45
80087 Múnich
Alemania

www.sun24.press
news@sun24.press

*«Y cuando brillas, eres una mansión
en lo alto de la colina.
¿Cómo se te apagó entonces la luz?
¿Te la voló el viento en la quietud de la noche?»*

The Killers, Battle Born

ÍNDICE

Prólogo	2
Parte I - El gasoducto que era demasiado perfecto	
1. Construcción, propietarios y aseguradoras	5
2. Las explosiones: tres puntos, pesadillas sísmicas y la bomba termonuclear del doctor Braun	9
Parte II - La escalada que nadie debía notar	
3. Los sobrevuelos: Poseidones dando vueltas sobre las futuras escenas del crimen	13
4. Política: dimisiones, embajadores, portaaviones y pánico	16
5. El verdadero botín: energía, nodos de GNL y la gran transición	19
Parte III - La versión oficial que no deja de romperse	
6. El yate: navegación en familia, fango del Báltico y logística imposible	22
7. Las detenciones ucranianas: captura, suelta, nueva captura, plató	25
Epílogo	28
Sobre el autor	30

PRÓLOGO

Coge las palomitas. No, en serio: llena hasta arriba un cubo extragrande, arrellánate en la butaca más cómoda de la casa y prepárate para el mayor proyecto de performance europeo del siglo XXI. Sigue en cartel.

El 19 de agosto de 2026, los fiscales federales alemanes anunciaron, orgullosos, que había sido detenido un «segundo sospechoso ucraniano» del sabotaje de los gasoductos NordStream. Su nombre, al estilo habitual de la privacidad alemana, era Vladimir Z. (o Wolodymyr Z., o Volodymyr Zhuravlyov: elige tú). Era, dijeron, un buceador con formación, y había ayudado a colocar los explosivos que reventaron los gasoductos el 26 de septiembre de 2022. La detención tuvo lugar en la ciudad costera croata de Pula.

En un plató de Hollywood. Sí: ¡en un plató de Hollywood!

Mientras las cámaras rodaban un thriller titulado Snake Island, con Sean Penn y Adrien Brody, sobre –redoble– buceadores ucranianos que colocan explosivos en gasoductos desde un velero. Esto no hay quien se lo invente. El universo, en persona, está troleando.

Pero espera. La trama se complica hasta volverse farsa pura. Este mismo Vladimir Z. ya había sido detenido en Polonia en septiembre de 2025, con la mismísima orden europea de detención. Un tribunal polaco echó un vistazo a

las pruebas, se encogió de hombros y denegó la extradición. Salió por la puerta. Un año después, las autoridades alemanas lo intentaron otra vez en otro país, como si aquella puesta en libertad hubiera sido un mero tropiezo de trámite. Detención. Libertad. Nueva detención. Titulares. Amnesia colectiva. Otra vez.

Ya no es una investigación. Es un circo ambulante que, no se sabe cómo, da siempre con el mismo payaso.

Y ahí empieza este libro. Porque, mientras el complejo judicial-mediático alemán sigue jugando al Aplasta-al-buzo por media Europa, hay una pregunta tozuda que se niega a marcharse: ¿cómo es posible que un puñado de buceadores ucranianos, operando desde un velero familiar Bavaria C50 –un barco de recreo de 15,43 metros, pensado para una familia de cinco– consiguiera:

- almacenar y transportar cientos de kilos de explosivos submarinos especializados;
- navegar una ruta enrevesada, con múltiples escalas, de Alemania a Dinamarca, a Polonia y de vuelta;
- aguantar horas sobre puntos exactos del Báltico abierto sin echar el ancla (imposible a 80 metros de profundidad);
- repetir operaciones de buceo de corte militar en las aguas del Báltico, famosas por su fango, su frío y su visibilidad de pena;
- y destruir los gasoductos no en un solo sitio, sino en tres puntos de explosión distintos, separados por muchísimas millas?

La versión oficial nos pide creer que todo eso se hizo con lo que tiene toda la pinta de ser equipo de buceo de supermercado, a bordo de un barco cuyo recorrido virtual de 360 grados no enseña nada más sofisticado que una cocina apañada y unos camarotes cómodos.

Este libro no es otro tratado geopolítico de los solemnes. Es una visita guiada por las burbujas, las contradicciones, los vuelos de vigilancia que llevaban semanas dibujando círculos sobre las futuras escenas del crimen, el pánico político en Londres, Oslo y Washington, los datos sísmicos que dejan el TNT convencional a la altura de un petardo, y el circo de detenciones sin fin que no para de reponer palomitas.

Seguiremos siendo divertidos. Seguiremos siendo legibles. Seguiremos, sin descanso, pegados a los hechos que se niegan a encajar en el guion oficial. Al final quizá no sepas quién lo hizo de verdad. Pero sabrás, más allá de toda duda razonable, que la historia que nos han vendido –la de unos cuantos buceadores en un yate familiar– hace aguas. Ni a 80 metros. Ni con cientos de kilos de explosivos. Y menos aún mientras Hollywood rueda ya la película en la misma costa donde el último sospechoso fue «detenido»... otra vez.

Pasa las palomitas. La función no ha hecho más que empezar.

PARTE I - EL GASODUCTO QUE ERA DEMASIADO PERFECTO

1. CONSTRUCCIÓN, PROPIETARIOS Y ASEGURADORAS

Empecemos por un hecho sencillo que la versión oficial del «yate familiar + buceadores de supermercado» se empeña en olvidar: los gasoductos NordStream nunca fueron mangueras de jardín delicadas, tiradas en el fondo del mar a la espera de un par de aficionados con ganas y una barca de pesca.

Eran monstruos industriales. La idea salió a flote en 1997. Una empresa finlandesa, Neste Oyi, se juntó con socios alemanes para imaginar una ruta submarina directa que se saltara los quebraderos de cabeza políticos (y los peajes de tránsito) de Ucrania y Polonia. En 2005 el sueño tenía pasaporte suizo. Nord Stream AG se constituyó en la tranquila ciudad lacustre de Zug, en Suiza: un sitio más conocido por la banca discreta que por las explosiones submarinas de película.

La estructura de propiedad era un reparto de poder a la europea de toda la vida:

- Gazprom (a través de su filial de proyectos internacionales) - 51 %
- Wintershall Dea (Alemania) - 15,5 %
- PEG Infrastruktur / E.ON (Alemania) - 15,5 %
- N.V. Nederlandse Gasunie (Países Bajos) - 9 %
- Engie (Francia) - 9 %

Dicho de otro modo: mayoría del gigante gasístico del Estado ruso, minoría de compañías energéticas de Europa occidental de las de primera línea. El conjunto estaba pensado para durar al menos cincuenta años y para mover 55.000 millones de metros cúbicos de gas al año, bastante para calentar más de 26 millones de hogares europeos.

Construirlo no fue un bricolaje de fin de semana. Buques especializados en tender tuberías trabajaron día y noche durante años. Cada tramo de acero de 12,2 metros se soldaba a los siguientes hasta formar tubos más largos, se inspeccionaba, se revestía y se bajaba con cuidado hasta el fondo del Báltico en una curva en S controlada. El acero era de alta resistencia, grado SAWL 485 (o el equivalente X70), con paredes de unos 27 a 41 mm según la zona de presión. La presión de trabajo llegaba a 220 bares en el tramo ruso y todavía a 170 cerca de Alemania.

Pero la verdadera armadura iba por fuera. Tras un revestimiento anticorrosión sofisticado, de polietileno en tres capas, cada tubo recibía un grueso lastre de hormigón: de 60 a 110 mm de hormigón armado con acero y cargado con mineral de hierro. Un tramo de acero desnudo pesaba unas 11 toneladas. Con el hormigón puesto, la báscula marcaba entre 24 y 25. El hormigón hacía tres trabajos a la vez: mantenía el gasoducto bien plantado en el fondo contra las corrientes, lo protegía de los aparejos de pesca y de las anclas, y le añadía una capa muy seria de dureza. No eran tubos desnudos, ahí tirados y sin protección en el lecho marino. Eran arterias pesadas, rígidas y de alta presión, dise-

ñadas para que los peores humores del Báltico les resbalaran durante medio siglo.

Y así llegamos al seguro. NordStream llevaba las pólizas de todo riesgo offshore de toda la vida (un formulario WELCAR modificado). Cuando los gasoductos reventaron en septiembre de 2022, los propietarios presentaron, como es lógico, sus reclamaciones: la friolera de 579 millones de euros, para ser exactos. En julio de 2026, el Tribunal Mercantil de Londres les vino a decir, en esencia: «Buen intento». Los jueces resolvieron que se aplicaba una cláusula de exclusión por guerra. La guerra ruso-ucraniana había sido, según el fallo, una causa significativa del sabotaje, aunque nadie pudiera nombrar al autor exacto. Sin indemnización, y desde luego no el 51% para la Gazprom rusa. Así que aquí estamos.

Un gasoducto tan robusto que exigía o bien varios cientos de kilos de explosivos militares especializados o bien – según algunos sismólogos– algo todavía más exótico... presuntamente derrotado por un puñado de buceadores que operaban desde un velero familiar de 15 metros cuyo recorrido virtual enseña una proa preciosa y unas camas todavía mejores.

Al acero y al hormigón el relato oficial les daba igual. Exigían, simplemente, una cantidad concreta de fuerza. Y esa fuerza es justo donde las palomitas empiezan a ponerse de verdad interesantes.

Siguiente: las explosiones en sí, los tres puntos, y un profesor suizo que miró los datos sísmicos y dijo: «¿TNT? Estarás de broma».

2. LAS EXPLOSIONES: TRES PUNTOS, PESADILLAS SÍSMICAS Y LA BOMBA TERMONUCLEAR DEL DOCTOR BRAUN

26 de septiembre de 2022. Un lunes tranquilo en el mar Báltico.

De madrugada, algo hizo «bum» al sureste de la isla danesa de Bornholm. Unas horas después, más «bums» al noroeste de la misma isla. En cuestión de minutos, la superficie del mar hervía con enormes columnas de metano. Los cazas daneses sobrevolaron la zona para confirmar lo que los sismógrafos ya sabían: los gasoductos NordStream estaban reventados. Y no una vez. Ni dos.

En tres puntos distintos, a muchos kilómetros unos de otros, con unos 70 u 80 metros de agua por encima. Una de las líneas del NordStream 1 quedó parcialmente intacta: un pequeño acto de misericordia o un detalle curioso, según lo aficionado que uno sea a las conspiraciones. El resto del sistema quedó liquidado. Las arterias submarinas de gas más caras de Europa se habían convertido en chatarra submarina carísima.

Más tarde, el relato oficial sostuvo que un puñado de buceadores ucranianos, desde un modesto velero familiar Bavaria C50, se las había apañado para colocar y detonar varios cientos de kilos de explosivos submarinos especiali-

zados en esos puntos exactos. Hagamos una pausa y miremos las cifras que se niegan a colaborar con esa historia.

Las estaciones sismológicas suecas y danesas registraron los eventos con toda claridad. Las magnitudes no eran los meneíto educados que provocan unos cientos de kilos de TNT. Un análisis independiente del profesor suizo de geofísica Dr. Hans-Benjamin Braun escaló después las señales más fuertes hasta el equivalente de un evento de magnitud 5,2, más o menos. Eso no son «un par de cargas industriales». Eso es la energía liberada por cientos de miles de kilos de TNT convencional o, como defendía Braun, por algo bastante más exótico. Braun señalaba varios detalles incómodos:

- los patrones de la onda expansiva y la forma en que la energía rebotó en la costa sueca rumbo a Kaliningrado;
- los informes de temperaturas elevadas en el fondo marino tras las explosiones;
- rastros compatibles con material radiactivo en los datos atmosféricos de los días siguientes.

Su conclusión, expuesta con la calma de un científico que ha mirado los datos y no los comunicados de prensa, era sencilla: el TNT convencional, en las cantidades que un velero pequeño puede llevar de forma realista, no explica las firmas sísmicas. Un pequeño artefacto termonuclear o una «bomba sucia», sí.

¿Te acuerdas de los tubos del capítulo 1? Gruesas paredes de acero de alta resistencia. Una armadura de 60 a 110 mm de hormigón armado y cargado con mineral de hierro.

Cada tramo, de 24 a 25 toneladas una vez revestido. Diseñados para cincuenta años de servicio a alta presión en una de las rutas marítimas más transitadas del mundo.

Esos tubos no se rompieron porque alguien les diera unos golpecitos educados con un cuchillo de buceo. Hacía falta una fuerza seria, concentrada y a escala industrial, aplicada en varios puntos elegidos con cuidado y separados por muchos kilómetros.

Y aun así, la historia que se nos pide aceptar es que un barco de recreo pensado para una familia de cinco, cargado con lo que la prensa alemana acabó describiendo como «de 200 a 300 kg de TNT», consiguió:

- llegar a tres puntos distintos en aguas profundas;
- mantenerse en posición durante horas en mar abierto sin un ancla como Dios manda (imposible a esa profundidad);
- mandar buceadores abajo una y otra vez, en un Báltico frío, fangoso y sin visibilidad;
- y lograr el equivalente de un pequeño evento nuclear táctico.

A los sismógrafos nadie les avisó de lo del yate familiar. Al acero revestido de hormigón, tampoco. Las burbujas que subieron el 26 de septiembre de 2022 no eran solo metano. Eran el primer gran signo de interrogación flotando en la superficie.

A continuación veremos quién llevaba ya semanas y días volando en círculos sobre esos mismos puntos antes de los «bums».

Las palomitas están a punto de ponerse más saladas.

PARTE II - LA ESCALADA QUE NADIE DEBÍA NOTAR

3. LOS SOBREVUELOS: POSEIDONES DANDO VUELTAS SOBRE LAS FUTURAS ESCENAS DEL CRIMEN

Mucho antes de que la primera columna de metano asomara a la superficie el 26 de septiembre de 2022, el cielo sobre los futuros puntos de explosión ya estaba muy concurrido. Pero que muy concurrido. En junio de 2022, durante el gran ejercicio de la OTAN BALTOPS-22, un desfile de aviones de patrulla marítima Boeing P-8 Poseidon empezó a hacer visitas repetidas, y sospechosamente precisas, a los mismos trocitos de Báltico que más tarde entrarían en erupción de gas.

No eran sobrevuelos de paseo. Varios de ellos trazaron círculos cerrados sobre las futuras escenas del crimen, a veces con el transpondedor apagado. El reparto era de lo más internacional:

- P-8 italianos, operando desde Sigonella vía una base alemana;
- P-8 islandeses, bajando desde Keflavik;
- P-8 estadounidenses;
- P-8 noruegos (Noruega acababa de estrenar su primer Poseidon apenas unos meses antes).

El 8 y 9 de junio, un Poseidon islandés dio vueltas sobre el punto situado al noreste de Bornholm. El 10 de junio, un

Poseidon italiano hizo lo mismo, con el transpondedor apagado. El 12 de junio, un Poseidon estadounidense repitió la coreografía y luego repostó cerca de Ronneby, en Suecia. El 14 de junio, el avión islandés volvió para echar otro vistazo.

No fue una curiosidad aislada en mitad de un gran ejercicio. Los vuelos siguieron hasta septiembre: el 21 de septiembre, helicópteros militares suecos empezaron sus propias rondas de vigilancia sobre los mismos puntos. El 21, 23, 24 y 25 de septiembre aparecieron más P-8 estadounidenses, algunos volando bajo cerca de Bornholm antes de subir en picado en plena noche.

Y entonces llegó la mañana de las explosiones. Hacia las 4 de la madrugada del 26 de septiembre –apenas unas horas después del primer estallido al sureste de Bornholm y poco antes de los siguientes al noreste–, un P-8 sin identificar (con toda probabilidad islandés o noruego) volvía a dar vueltas sobre el segundo punto de explosión. Llegó desde el norte, repostó después en Polonia, siguió hacia el este a lo largo del trazado del gasoducto y acabó esfumándose hacia el norte con el transpondedor apagado y la identidad cifrada.

Mientras tanto, un grupo anfibio estadounidense con el USS Kearsarge a la cabeza (con miles de marines y decenas de helicópteros y aviones a bordo) llevaba todo agosto y principios de septiembre operando en el Báltico, con maniobras cerca del puerto polaco de Gdansk y de las futuras

zonas de explosión. El grupo salió del Báltico el 22 de septiembre: cuatro días antes de los «bums».

Nada de esto demuestra quién colocó los explosivos. Lo que sí demuestra es algo más sencillo y bastante más incómodo para la versión oficial: en las semanas y los días previos al 26 de septiembre de 2022, varios países de la OTAN prestaron una atención inusualmente estrecha, repetida y, a ratos, electrónicamente muda a los puntos exactos donde después serían destruidos los gasoductos.

El yate familiar con su equipo de buceo de supermercado ni siquiera había empezado aún (según la cronología oficial) su enrevesado crucero báltico con múltiples escalas. Pero los Poseidones ya andaban dibujando círculos en el cielo, como si alguien supiera de antemano exactamente dónde había que mirar.

El Báltico estaba vigilado. Muy de cerca. Y los vigilantes dejaron un rastro de planes de vuelo que se niega a desaparecer.

A continuación pasamos a los políticos que, mientras esos aviones dibujaban sus círculos, se dedicaban a cambiar de sitio las tumbonas en Londres, Oslo y Washington.

Las palomitas empiezan a saber claramente a geopolítica.

4. POLÍTICA: DIMISIONES, EMBAJADORES, PORTA- AVIONES Y PÁNICO

Mientras los Poseidones dibujaban sus discretos círculos sobre los futuros puntos de explosión, la clase política se marcaba su propio número de funambulismo.

A principios de julio de 2022, el Gobierno de Boris Johnson se vino por fin abajo bajo el peso de sus propios escándalos. El 6 de septiembre, Liz Truss ya era primera ministra del Reino Unido. El relevo se produjo con una «rapidez» notable y con un endurecimiento evidente del tono hacia la energía rusa. Truss se había pasado meses como ministra de Exteriores exigiendo que el NordStream 2 no abriera jamás. Ahora tenía el despacho principal, a solo tres semanas de que los gasoductos saltaran por los aires.

Mientras tanto, en Oslo, ocurría algo más discreto pero igual de curioso. El 25 de agosto de 2022, tres nuevos embajadores –de Alemania, Islandia e Italia– presentaron sus cartas credenciales el mismo día. Caras diplomáticas recién llegadas a la capital noruega justo cuando los aviones de patrulla marítima de la OTAN intensificaban su interés por el Báltico.

Y luego vino la visita al buque.

A mediados de septiembre de 2022, el primer ministro noruego y su ministro de Defensa subieron a bordo de un

buque de la Marina estadounidense en alta mar y viajaron después a Norfolk, Virginia, para mantener conversaciones de alto nivel con el Pentágono y con miembros del Congreso. El momento era exquisito: las reuniones se celebraron el 19 y 20 de septiembre, el grupo anfibia estadounidense del USS Kearsarge seguía en el Báltico (o estaba saliendo de él) y los vuelos de los Poseidones sobre Bornholm alcanzaban su pico previo a las explosiones.

Nada de esto prueba una conspiración. Sí es, en cambio, una concentración inusualmente densa de movimientos políticos y diplomáticos en las últimas semanas antes del sabotaje.

En Berlín, la nueva coalición «semáforo» de socialdemócratas, verdes y liberales todavía estaba aprendiendo a andar. Los Verdes, en particular, llevaban años tratando el gas ruso por tubería como una emergencia moral y climática a la vez. La ministra de Exteriores, Annalena Baerbock, y el ministro de Economía, Robert Habeck, no ocultaban sus ganas de acelerar la salida de Alemania de los combustibles fósiles. El NordStream, vendido en su día como un proyecto puramente comercial, se había convertido en un lastre político.

Al otro lado del Atlántico, la Administración Biden ya había trazado su propia línea roja. En febrero de 2022, junto al canciller alemán Olaf Scholz, el presidente Biden había declarado que, si Rusia invadía Ucrania, «ya no habrá NordStream 2. Le pondremos fin». La invasión llegó. La

certificación del gasoducto quedó suspendida. Y seis meses después, el propio acero reventó.

En Londres, Washington, Oslo y Berlín, el tiempo político cambiaba a toda velocidad. Dimisiones, nuevos embajadores, visitas a buques de guerra, declaraciones públicas con el ceño fruncido... y todo mientras los aviones de vigilancia ya merodeaban sobre las coordenadas exactas que pronto se llenarían de burbujas de metano.

El yate familiar con el equipo de buceo ni siquiera había zarpado todavía (según la cronología oficial). Los políticos, en cambio, ya estaban moviendo los muebles.

A continuación miramos el premio gordo que justificaba tanto ajeteo político: la carrera por sustituir el gas ruso por tubería con GNL, nuevos nodos y un futuro energético europeo más verde (o, al menos, con otro proveedor).

Las palomitas ya vienen bien aliñadas de geopolítica.

5. EL VERDADERO BOTÍN: ENERGÍA, NODOS DE GNL Y LA GRAN TRANSICIÓN

Los gasoductos son aburridísimos hasta que alguien los vuela. Entonces, de repente, se convierten en la infraestructura más interesante del continente. El verdadero botín nunca fue el acero y el hormigón tirados en el fondo del Báltico. Fue el gas que dejó de correr por ellos... y la carrera por sustituirlo.

Durante años, el Reino Unido había visto cómo la Europa continental se acomodaba en contratos rusos por tubería, baratos y a largo plazo. Tras el Brexit, Londres olió una oportunidad estratégica. Las terminales británicas de GNL llevaban tiempo funcionando muy por debajo de su capacidad. Si se conseguía estrujar o eliminar los volúmenes rusos, esas terminales podían convertirse en una gran puerta de entrada para el gas natural licuado estadounidense, catari y de otros orígenes con destino al mercado europeo. El Gobierno de Boris Johnson lo repitió una y otra vez, cada vez con más urgencia: Europa debía desengancharse de los hidrocarburos rusos, y el Reino Unido estaba encantado de echar una mano. Comercialmente, faltaría más.

En Washington, el lenguaje era todavía más directo. En una audiencia del Senado el 7 de diciembre de 2021, el senador Ron Johnson apretó a fondo a Victoria Nuland. Habló de «revertir» el NordStream 2 y de tomar medidas para que el gasoducto no llegara nunca a entrar en funcionamiento.

La respuesta de Nuland, medida al milímetro, se ha hecho famosa: si el presidente Putin movía ficha en Ucrania, «nuestra expectativa es que el gasoducto quede suspendido». La invasión llegó en febrero de 2022. La certificación se congeló. Seis meses después, los propios tubos estaban abiertos al mar.

Como ya vimos, en Berlín la nueva coalición semáforo de socialdemócratas, verdes y liberales tenía su propio motor interno, y bien potente. Los objetivos vinculantes de renovables y el abandono acelerado de la energía rusa pasaron a ser política oficial. El NordStream, defendido por los anteriores gobiernos alemanes como una empresa puramente comercial, era ahora políticamente radiactivo.

Noruega, práctica como siempre, ya estaba en marcha. Una nueva conexión de gas báltica, más pequeña, se inauguró solo unos días después de las explosiones: una demostración muy oportuna de que había rutas y proveedores alternativos listos para entrar en escena.

El cambio de fondo era estructural. Los contratos estables por tubería, a varios años y con precios relativamente previsibles, iban a sustituirse por cargamentos de GNL comprados en el mucho más volátil mercado al contado. Los argumentos de seguridad energética, los objetivos climáticos y la oportunidad de negocio apuntaban todos en la misma dirección: menos gas ruso por tubería, más GNL flexible (y más caro) y una «gran transición» más rápida... al menos en las diapositivas de PowerPoint.

Nada de esto prueba que alguien ordenara el sabotaje. Sí explica, en cambio, por qué tantos actores poderosos a ambos lados del Atlántico habían dejado, sin hacer ruido, de considerar imprescindible que el NordStream siguiera funcionando.

El yate familiar con el equipo de buceo seguía (según la cronología oficial) preparándose para su enrevesado cruce-ro báltico con múltiples escalas. El mapa energético de Europa ya se estaba redibujando en tiempo real.

A continuación subimos por fin a bordo del famoso Bavaria C50 y examinamos la logística que supuestamente convirtió lo imposible en rutina.

Las palomitas están a punto de hacerse a la mar.

PARTE III - LA VERSIÓN OFICIAL QUE NO DEJA DE ROMPERSE

6. EL YATE: NAVEGACIÓN EN FAMILIA, FANGO DEL BÁL-TICO Y LOGÍSTICA IMPOSIBLE

Por fin llegamos a la estrella de la versión oficial: el Bavaria C50. Es un velero muy apañado de 15,43 metros, diseñado para cómodos cruceros en familia.

El recorrido virtual de 360 grados del propio fabricante enseña una cocina luminosa, unos camarotes acogedores, un salón agradable y sitio suficiente para que unas cinco personas disfruten de sus vacaciones de verano. Lo que no enseña es una cubierta reforzada para explosivos militares pesados, un pozo de inmersión, un sistema de posicionamiento dinámico ni nada del equipo especializado que suele asociarse a las operaciones de sabotaje en aguas profundas.

Según la investigación alemana, desde este simpático barco familiar un pequeño equipo de buceadores ucranianos se las arregló, no se sabe cómo, para:

- cargar y esconder de 200 a 300 kg de explosivos submarinos especializados;
- navegar una ruta enrevesada, con múltiples escalas, por aguas alemanas, danesas y polacas;

- quedarse horas suspendido sobre puntos exactos del Báltico abierto sin poder echar un ancla convencional (con unos 70 u 80 metros de agua por debajo);
- mandar buceadores una y otra vez al fondo frío, oscuro y famosamente fangoso del Báltico;
- y atacar con éxito tres puntos distintos del gasoducto, separados por muchos kilómetros.

Detengámonos en unos cuantos detalles prácticos por los que el relato oficial prefiere pasar de puntillas.

Mantener quieto un velero en mar abierto a esa profundidad es difícilísimo. Sin un ancla de aguas profundas como es debido ni posicionamiento dinámico, el barco deriva con el viento y la corriente. Quedarse «horas» en el sitio mientras los buceadores trabajan abajo exige o bien tener el motor en marcha sin parar (ruidoso, tragón y bien visible) o bien unas condiciones de calma notables, que el Báltico rara vez sirve a la carta.

Las condiciones de buceo en el Báltico central son pésimas. La visibilidad se mide a menudo en centímetros, no en metros. El agua está fría. El fondo es fango blando. Manipular cargas explosivas pesadas en esas condiciones, de noche o con poca luz, y colocarlas con precisión sobre tubos gruesos revestidos de hormigón, es el tipo de tarea que suele encargarse a buceadores militares profesionales de saturación, con buques especializados de apoyo. No a un puñado de personas desde un yate de recreo.

Y luego está la sencilla cuestión del espacio y el peso. Varios cientos de kilos de explosivos –para varios puntos de explosión, a fin de cuentas–, más el equipo de buceo, el material de reserva y los propios buceadores, tienen que caber dentro de un barco cuyo interior se diseñó para salidas de fin de semana y cenas en familia. Y ese mismo barco tiene que desplazarse con discreción entre varios puntos sin llamar la atención del intenso tráfico marítimo del Báltico ni de los aviones de vigilancia que conocimos en el capítulo 3.

Ninguno de estos puntos es letal por sí solo. Juntos, convierten la versión oficial en una proeza logística capaz de hacer que un planificador de fuerzas especiales levante bastante más que una ceja.

El Bavaria C50 es un yate precioso. Simplemente, nunca se diseñó para el papel que le han hecho interpretar en la saga del NordStream.

A continuación llegamos al último acto de la función: la interminable sucesión de detenciones, puestas en libertad y nuevas detenciones que mantiene las palomitas fluyendo hasta el día de hoy.

El circo está a punto de llegar con el vestuario completo.

7. LAS DETENCIONES UCRANIANAS: CAPTURA, SUELTA, NUEVA CAPTURA, PLATÓ

Y así llegamos al último acto de la función: esa parte en la que las autoridades alemanas se empeñan en detener al mismo reducido elenco de buceadores ucranianos, mientras el sistema judicial europeo no deja de pulsar el botón de expulsión.

La historia empieza, como suelen empezar estas cosas, con una orden europea de detención. En 2024-2025, la fiscalía federal alemana identificó a un primer sospechoso ucraniano y pidió su extradición. Un alto tribunal italiano en Roma echó un vistazo al expediente y vino a decir: «Para el carro». La extradición quedó bloqueada. Más tarde, el hombre fue entregado de todas formas, no se sabe muy bien cómo: un giro de guion jurídico que ya parecía sacado de un thriller de serie B.

Luego llegó Vladimir Z. (o Wolodymyr Z., o Volodymyr Zhuravlyov: las normas alemanas de privacidad mantienen el nombre completo elegantemente pixelado). En septiembre de 2025, la policía polaca lo detuvo cerca de Varsovia en virtud de la orden alemana. Un tribunal polaco examinó las pruebas, se encogió de hombros y denegó la extradición. Salió por la puerta.

Un año después: la misma orden, el mismo hombre, otro país. En agosto de 2026, las autoridades croatas lo detuvieron en la ciudad costera de Pula. ¿El lugar? Un plató

de Hollywood en pleno rodaje. ¿La producción? Un thriller titulado Snake Island, con Sean Penn y Adrien Brody, sobre buceadores ucranianos que colocan explosivos en gasoductos desde un velero. Ni queriendo te sale un guion mejor.

Al presunto buceador real del NordStream lo pillaron mientras unos extras con parches ucranianos recreaban para las cámaras exactamente la misma operación. Esto ya no es una investigación. Es un circo europeo ambulante en el que al mismo payaso lo persiguen, lo atrapan, lo sueltan y lo vuelven a perseguir, mientras al público se le pide que ahogue un grito de asombro cada vez, como si fuera la primera:

Detención.

Libertad.

Nueva detención.

Titulares sin aliento.

Amnesia colectiva.

Otra vez.

Cuatro años después del mayor acto de sabotaje industrial de la historia moderna de Europa, el todopoderoso Generalbundesanwalt sigue jugando al Aplasta-al-buzo por medio continente.

Mientras tanto, los tubos revestidos de hormigón, los registros sísmicos, las rutas de vuelo de los Poseidones y la incómoda logística de un yate familiar siguen exactamente donde estaban, negándose con tozudez a encajar en la versión oficial.

Las palomitas casi se han acabado. Los créditos, en cambio, siguen pasando.

Y en algún estudio de montaje croata, la versión de ficción de esta misma historia se está editando para su futuro estreno en streaming.

El universo, por lo visto, tiene sentido del humor.

EPÍLOGO

A sí que aquí estamos. Un puñado de buceadores. Un velero familiar. Cientos de kilos de explosivos. Tres puntos distintos en aguas profundas. Señales sísmicas que se niegan a cuadrar con las cantidades oficiales. Vuelos de vigilancia que llevaban semanas dando vueltas sobre los puntos exactos. Carreras políticas y mapas energéticos que cambiaron a una velocidad asombrosa. Y un circo europeo de detenciones sin fin que no para de recolocar a los mismos sospechosos como tumbonas en la cubierta de un barco muy, muy raro.

Este libro no pretendía señalar a los culpables.

Pretendía hacer una pregunta más sencilla y más tozuda: ¿la historia que nos han pedido que nos creamos se sostiene de verdad, o hace aguas? Después de recorrer el acero y el hormigón, los datos sísmicos, las rutas de vuelo, el calendario político, la logística imposible del yate y el espectáculo ambulante de detenciones, la respuesta parece bastante clara: hace aguas.

Y mientras ese relato oficial se mantenga en pie, también se mantiene el desenlace del seguro que vimos en el capítulo 1. Mientras los tribunales acepten que la guerra ruso-ucraniana fue una «causa significativa» del sabotaje, la cláusula de exclusión por guerra sigue vigente. Los 579 millones de euros reclamados por los propietarios del NordStream se quedan bien guardaditos en el bolsillo de las

aseguradoras. Sin indemnización y, desde luego, sin un 51% para la Gazprom rusa, faltaría más, con la guerra de Ucrania de telón de fondo. La misma historia que mantiene a los buceadores y al yate familiar en los titulares es la que mantiene el dinero bajo llave.

Las burbujas que subieron del Báltico en septiembre de 2022 nunca fueron solo metano.

Eran signos de interrogación.

Y cuatro años después, esos signos de interrogación siguen flotando en la superficie, a la espera de una investigación que trate al público como a adultos y no como a una audiencia a la que se le puede dar al botón de reinicio con cada nuevo titular.

Hasta que llegue esa investigación, las palomitas siguen disponibles.

Jack O'Roof / octubre de 2026

SOBRE EL AUTOR

Jack O’Roof es el seudónimo de un escritor e investigador europeo independiente que prefiere dejar que los hechos (y los disparates) hablen por sí solos.

Con este nombre ha publicado anteriormente análisis afilados y de humor negro sobre grandes escándalos financieros y políticos, entre ellos «The Wirecard Implosion» y «The Communist Ghost».

Cuando no anda siguiendo burbujas de gasoductos, circos judiciales o platós de Hollywood, se le suele encontrar con un cubo enorme de palomitas y una sana desconfianza hacia los relatos oficiales.

En septiembre de 2022, los gasoductos NordStream saltaron por los aires en el mar Báltico.

Cuatro años después, la versión oficial sigue defendiendo lo imposible: que un puñado de buceadores ucranianos, desde un modesto velero familiar, se las arregló, no se sabe cómo, para destruir una de las infraestructuras submarinas mejor blindadas de Europa en tres puntos distintos y en aguas profundas.

NordStream Pipeline Popcorn es una visita guiada, afilada y socarrona, por las burbujas, las contradicciones y el circo de detenciones sin fin que vino después. De los tubos de acero revestidos de hormigón y los incómodos datos sísmicos a los vuelos de vigilancia de los Poseidones, los bailes de sillas políticos y un plató de Hollywood en Croacia, este libro plantea la pregunta que los titulares prefieren esquivar:

¿La versión oficial se sostiene de verdad, o hace aguas?

Spoiler: las palomitas están buenísimas.

